



## CAPITULO X

Roma.—Los dos pueblos y las dos ciudades.—El pueblo judío y el pueblo romano.—Jerusalén y Roma.—Situación de Roma.—La Italia á la fundación de Roma.—Primeros tiempos de Roma.—Orígenes.—Fundación de Roma.—Rómulo.—Instituciones primitivas.—Primeras conquistas.—Invasión de los sabinos.—Numa.—Tulio Hostilio.—Anco-Marcio.—Tarquino el antiguo.—Servio Tulio.—Invasión de los galos.—Tarquino el Soberbio.—Religion de la antigua Roma.—Culto.—El ejército en tiempo de los reyes.—Instituciones políticas: El rey, el Senado y el pueblo.—Los comicios.—Patricios y plebeyos.—Vida política y agrícola del patricio.—Condición del plebeyo.—Roma tal como la monarquía la había organizado.

Dios, en medio de la confusión que reinaba en la antigüedad, había distinguido dos pueblos, á quienes señaló con un distintivo particular, en virtud del cual debían poseer cada uno, según su cualidad, vida y fuerza, poder y duración. Estos dos pueblos fueron, como los ministros de su voluntad.

El pueblo judío, fiel depositario, había recibido la orden de guardar cuidadosamente el arca santa de la verdad, que hubiera sido manchada con el contacto de las supersticiones extranjeras, y la conservó en el centro de su inexpugnable fortaleza, lejos del mundo, aunque en el centro de la tierra antigua, en aquel rincón ignorado que se llamó Palestina, porque no se sabía bien qué pueblo la habitaba.

El pueblo romano tenía otra misión: le estaba confiada la espada y el imperio. Estaba destinado á impedir las divisiones y subdivisiones de las poblaciones, y á poner orden en el caos de los tiempos antiguos; á unir todas aquellas diversas razas que se rechazaban, se combatían, se chocaban y se devoraban mutuamente; á unirles en su unidad, y á preparar por medio de esta unidad el gran prodigio que en medio del silencio universal debía brillar á los ojos del universo, en paz con el mismo por primera vez (1).

En tanto que Jerusalén, postrada en la montaña de Sion, leía el porvenir en los libros de sus profecías, y consideraba cual rico tesoro, el carácter duro é intratable de sus habitan-

(1) Danville, *Geografía antigua*.

tes, que resistía hasta la conquista, el destierro y la dispersión; veía desaparecer á los pueblos, derrumbarse los imperios sobre su misma grandeza, mientras que al amparo de Dios, sacudida á veces por los vientos, y sin embargo inquebrantable, esperaba, llena de confianza, vino un día en que, sobre las márgenes del Tiber tuvo su origen la quinta monarquía con dos prodigiosos hijos, y con escasa gente de fugitivos y de salteadores.

Así comienzan los grandes hechos. Jerusalén conservará por mucho tiempo su independencia solitaria y triste, entre el Egipto vencido y la Siria conquistada, porque no quiso oír la palabra divina. Roma, asentada bien pronto sobre su trono de las siete colinas, mandará desde allí su águila, sabiendo bien que el imperio de la tierra la había tocado por herencia para que destruyera los dispersados restos de la antigua sociedad, y abrace, bajo su ala victoriosa, las provincias, las ciudades soberanas y los reinos. Se la verá á esta águila en el tiempo señalado cernearse gloriosamente por la Europa, Asia y África. Después vendrá á colocar su terrible garra sobre la Ciudad Santa, como para destrozar sus entrañas y escudriñar su seno.

Pero entonces la era antigua tendrá su cumplimiento. El antiguo tabernáculo es violado desde las ruinas aún humeantes; del segundo templo se escapa la augusta y misteriosa paloma, aquel espíritu de Dios que lo cubre y vivifica todo.

La Providencia funda á Roma como ciudad verdaderamente reina sobre las márgenes del Tiber. La ciudad, constituida con la mezcla de tantas diversas razas, debía conquistar por sí misma la Italia, y después el mundo entero. El *Capitolio* atrae á sus cercanías todas las poblaciones itálicas, y victoriosas ó vencidas, no se apartarán de él en lo sucesivo sino para combatir bajo sus insignias.

Este templo pagano, donde descansan los eternos destinos, domina á todos los pueblos antiguos. Las Galias y las Islas Británicas, la España y el África, donde se levanta Cartago. El Oriente, la Grecia y el Asia Menor hasta el Tauro, el Asia Marítima y el Egipto, todo va á pertenecer á este centro común. Y esto casi se explica naturalmente. Todos estos países están situados sobre las costas del mar interior, cuyo fondeadero constituye entonces todo el universo, y la Italia es como una fuerte torre que se halla colocada á la vista de este vasto mar, apoyándose en los Alpes y dominando todo el Mediterráneo.

La península no tenía otro nombre que el de Hesperia: ella era la Pequeña Hesperia, como España la Grande Hesperia. Era un nombre extranjero; así se la llamaba como tierra de Occidente. Ya hemos dicho por qué poblaciones fué necesariamente poblada.

Por fin, el gran movimiento de las tribus se había paralizado; las emigraciones de todas estas colonias de iberos, galos y griegos, habían ocupado su puesto por la fuerza.

Poco á poco, después de la grande confusión, comenzaron á dominar las más poderosas influencias.

El norte de la comarca no quedó por mucho tiempo en manos de los etruscos, no tardó en volver á los galos y países del otro lado de los Alpes; estas gigantescas montañas parecen como el sosten de las dos Galias, que descenden de sus vertientes.

Mientras que la parte septentrional es Galia, el Sur es Grecia, la Gran Grecia separada de la otra Grecia por el mar, como la Cisalpina de la Galia Trasalpina por las nieves.

En el centro hay una confusión de razas más incoherentes; elementos de los más diver-

sos, quedaron en medio de la península los pueblos que por allí pasaron. Este territorio recibirá poco á poco el nombre de Italia que en un principio poseía solamente la Calabria interior, aquel país de bueyes, como dicen los latinos, *vitulus italos*. Quizás la etimología de este nombre la podamos encontrar en la palabra fenicia *itaria*, tierra de paz (1). El nombre de Italia que conserva la península, es un nombre de conquista.

En realidad no había en este territorio más que las dos sociedades de Oscos y de Toscos, los Opicos, Istalios y los Etruscos. Ninguna de las dos sociedades pudo apropiarse el papel de dominación reservado al imperio itálico.

Roma aparece. La nueva ciudad, á la que será confiada la espada de la conquista, toma de la Etruria su constitución, de los latinos y sabinos su indomable valor y su insaciable codicia, juntamente con la ambición de los pelagos de Troya. En un pequeño rincón de la tierra, cortado en forma de lanza (2) por los dos ríos del Tiber y el Arno, es donde hallarán un asilo aquellos proscritos sin patria, que se fueron aumentando por forzadas emigraciones y de entre quienes han de salir los conquistadores del universo.

Se han puesto en duda los hechos de los tres primeros siglos de Roma, y quizás pueda recaer esta muy bien sobre casi todos los pormenores de estos hechos, referidos con toda condescendencia y adornados con todas las circunstancias más detalladas por historiadores que vivieron lo ménos cuatro siglos después. Imposible, por tanto, dejar de considerar la tradición romana en su conjunto como una ficción.

Todo este período está evidentemente lleno de confusión. Preciso es, pues, no apegarse demasiado á la atrevida narración de Dionisio de Halicarnaso y de Tito-Livio.

Los anales escritos y conservados en el Capitolio, que, de paso sea dicho, fué fundado por Tarquino el Soberbio, no eran probablemente

(1) Esta etimología es de Bochar; M. Hoffer, *Fenicia*.

(2) Michelet, *Historia romana*.





muy precisos aun antes que el hierro de los galos y el fuego más terrible del incendio vinieran á destrozarnos por completo; ya antes muchas revoluciones debieron ponerles en completo desorden. El historiador más antiguo, Fabio-Pictor, que vivía en tiempo de la segunda guerra púnica y que copió él mismo á un griego, pudo, es verdad, registrar las memorias de las familias, dando á conocer los recuerdos de los ancianos; pero con tales fuentes no puede haber completa certeza. En vano se recuerdan los anécdotas de los reinados de Rómulo, de Numa y de otros.

Sin embargo, en el fondo hay mucha verdad. Las tradiciones son la historia; esta es la única historia para el Oriente por espacio de muchos años; por esto nosotros no las hemos dado al olvido. Tampoco debemos prescindir de las tradiciones occidentales, sobre todo cuando no hay otros datos. Conviene poner una barrera al escepticismo. Los hechos han sido alterados y los personajes desfigurados. Admitido que esto sea, ¿quiere esto decir que no haya habido nunca hechos ni personajes? En general, los hombres son los que obran, los hombres son los que se agitan y se desvanecen; las ideas están sobre el pueblo, y el pueblo, que se ocupa poco en ellas, no se toma el trabajo de personificarlas; no piensa más que en seres reales. En verdad que fué necesario mucho espíritu y mucha imaginación para hallar en nuestros días el sistema mítico, que hay dudas en creer fuera inventado naturalmente por la ignorancia. Y después de todo, la tierra, en cualquiera época que se la considere, no ha podido estar cubierta únicamente de mitos.

A buen seguro que si en la tradición hay alguna cosa cierta, es el origen de los romanos. Un pueblo embrollado en sus recuerdos no se da de buen grado tales títulos de gloria.

Otro hecho también fuera de duda, es que Roma fué una colonia de Alba la Pelásgica; la hija llamó y reconoció á su madre. La historia de Rómulo y Remo está llena de fábulas; pero estas fábulas no son una razón para negar la existencia de los dos hijos de Rea Silvea; tienen por el contrario el carácter local. El culto de Vesta es completamente pelásgico. Se

conoce que Amulio obligara á su sobrina á entrar en el colegio de las Vestales, y esta sola tradición explica los honores que la diosa asiática recibió desde el principio en Roma. Los dos hijos fueron alimentados por una loba; se sabe que el lobo era un animal sagrado entre los oscos (1). Fueron creciendo y se hicieron pastores, cazadores y guerreros; nada más natural: todos los oscos hacían como ellos; guardar rebaños, cazar animales fieros y eran amantes de la guerra. Por último, si hubo un asilo abierto en apariencia, lo fué por ellos; ¿y por qué la memoria no ha de conservar el nombre de aquellos valientes que los fugitivos reconocieron por jefes?

Establecieronse en las colinas de las márgenes del Tíber, y pronto acudieron á ellos todos los aventureros que desdénaban el orden etrusco, que rechazaban la fuerza civilizada de las poblaciones sabinas y de las ciudades de los llanos.

¿A qué negar que Rómulo, abriendo un surco, trazase el recinto cuadrado de «Flora» nombre sagrado y secreto de la nueva ciudad? ¿No se sabe el papel religioso que desempeñaba el arado en el establecimiento de las ciudades? ¿Por qué no disputar con su hermano el mando por el vuelo de los pájaros y después por las armas? ¿No están aquí trazadas las costumbres de estas tribus, habituadas á los augures y á los auspicios, y más todavía al manejo de la espada? Nada más característico que Remo ridiculizando la fosa de su hermano, realizando así un acto de impiedad como también de rebelión: ¿a qué admirarse entonces que haya perecido en manos de Rómulo ó en medio de la confusión producida por sus partidarios? Que, por último, los nuevos romanos, careciendo de mujeres, fueran en busca de ellas cerca de sus vecinos, apoderándose también de sus cosechas y de sus ganados, tales actos son la verdadera expresión de sus costumbres. El robo de las sabinas ha debido repetirse muchas veces, aun sin el

(1) El lobo estaba consagrado á Marte: dice monsieur Mommsen (t. I, p. 225), que era el animal distintivo de la ciudadanía de Roma. Parece que este lobo fugitivo simboliza los primeros proscriptos de Alba.



pretexto de la famosa fiesta del dios Conso. Ya tenemos á Roma fundada; ya comienzan á distinguirse los *patricios*, primeros compañeros de Rómulo, de los cuales ciento forman un consejo supremo, y los *plebeyos*, que probablemente son los débiles, los antiguos habitantes y la población vencida. Los hombres acudieron por sí mismos con sus espadas; las mujeres fueron llevadas forzosamente al campamento de los aventureros; en lo sucesivo la ciudad comenzará á engrandecerse.

El número tres, número sagrado, es allí dominante; él es como la ciudad tripártita, tiene tres unidades y es también el resultado de los tres pueblos ó de las tres ciudades; el nombre de la «tribu» se desprende también de aquí. En ella se cuentan á los Ramnenses, Titanos y Luceres. Para estas tres tribus había una fiesta de alianza, «la del lobo», *lupercal*; sobre el Palatino se encuentra el símbolo sagrado de la ciudad, el *mundus*, donde cada uno de los primeros habitantes enterraba, en cantidad suficiente, los objetos de necesidad doméstica y un terrón de tierra del campo patrimonial (1).

Roma tiene ya su monarquía que la dirija, *rex*, quien dicte sus órdenes, *dictator*, quien sea el maestro del pueblo, *magister populi* (2); su Senado, compuesto de los amigos del rey, de los ancianos; su legión con sus tres centurias de caballería, «los oquites acelerados», y con sus tres divisiones de á mil infantes, mandadas por tres tribunos militares. Ya tiene sus asambleas por *curias* de diez familias.

Rómulo dió muerte á Remo. De aquí que han de cambiar mucho las cosas; sólo quedará persistente el carácter típico de los romanos.

Esta ruda ciudad de bandidos, va á hallarse desde luego en hostilidades con todas las ciudades que la rodean, y que felizmente son otros

(1) Es curioso referir el hecho de la consagración del recinto de las ciudades asirias: sobre los pies derechos de las puertas debía presentar cada habitante, antes de que se levantara la muralla, y sobre el terreno mismo de las fundaciones, algún objeto precioso ó de recuerdo. Las inscripciones de los reyes de Babilonia y de Ninive recuerdan esta costumbre.

(2) El rey es el propietario de la ciudad.

tantos pequeños Estados independientes ó unidos entre sí por lazos demasiado débiles.

No la tocará vencer siempre; mas esto, ¿qué importa? Por una especialísima ley, todos los que entren en su *Foro*, por derrota ó por conquista, quedarán ciudadanos romanos (1).

Las sociedades osca y etrusca, la consideran entre sus dos ríos. Las costumbres, las armas, la religión y las instituciones de sus enemigos, tomarán un lugar en su recinto. Todos los que llegaren tendrán su colina y su cuartel; más tarde se verán los foros de los quirites y los arrabales de los toscanos. Al rededor de la colina del Palatino, donde los romanos fundaron las tres fortalezas, se establecerán sucesivamente los sabinos de Tacio y de Numa sobre el Quirinal, los pelasgos de Allea sobre Caelio, los latinos en la baja ciudad, entre el Palatino y el Aventino, los etruscos y los tarquinos sobre el Janículo. Con todas estas razas quedará constituida la raza conquistadora, fundiéndolos á todos para asimilárselos á sí misma. Roma es, pues, un asilo abierto á las naciones; ellas comienzan á tomar derecho de ciudadanía en el muro *pomerium*, trazado por Rómulo en la ciudad cuadrada, *Roma quadrata* (751).

La historia ha conservado el recuerdo de las luchas de raza en la nueva ciudad, bajo los siete reinados que ella da al origen de Roma.

Se puede sostener ó negar que haya en esto una sucesión ordinaria de príncipes, pero es necesario reconocer también que no se trata solamente de una personificación mítica y simbólica. Lo probable es que estos distintos personajes sean las figuras vivas de los diversos sistemas de que ellos fueron sus jefes y representantes. Importa mucho recibir con cuidado las revoluciones que nos cuentan las tradiciones militares y religiosas.

Pasemos con rapidez las primeras victorias de la legión romana sobre los crustuminianos, los antemnates, los ceninianos y su rey Acron, cuyas armas fueron los primeros *despojos*. El amor propio nacional oculta malamente el

(1) Hemos consultado para este trabajo del pueblo de Roma á Nieburh, Levesque, Michelet, Poirson, Mommsen, Ampère, Duruy, Cantú, etc., etc.





triunfo de los sabinos y de los cures. La intervención de las mujeres, compañeras de Herne-  
lia, no impidió á Tacio guardar para los suyos la colina donde Tarpeya fué víctima bajo el peso de los brazaletes de oro, escudos y demás presentes que la arrojaron los sabinos, y de admitir cien nuevos senadores entre los antiguos, y de tener trescientos caballeros en derredor suyo, origen probable de los celeres (1), y de dividir el poder con Rómulo, imponiendo la pica sabina *quiris* á las tropas, y el nombre de *Quirites* á todos los romanos.

Necesario fué el asesinato de Tacio en Lanuvium para restablecer el equilibrio entre los dos pueblos, y aun puede muy bien observarse que, despues de este asesinato, Rómulo no se vuelve contra los oscos, sino contra los toscanos, vegos y fidenes. Ya por entonces comienza la costumbre romana de trasportar los vencidos á Roma y de mandar colonias entre ellos (2).

El senado, viendo muy poderoso á su rey en la tierra, hizo de él un dios en el cielo. Rómulo, asesinado cerca de la laguna de la Cabra, tuvo altares bajo el nombre sabino de Quirino, y los senadores, durante un año de interregno, se dividieron su herencia (716).

El interregno duró quizás más de un año. La oligarquía no gustó á nadie; el pueblo quería un rey, y colocaron á otro sabino sobre el trono, á Numa Pompilio. Verdad es que este se resistía; es digno de verse en Plutarco cómo se le obligó á aceptar (3). Los consejos de la ninfa Egeria van á cambiar la suerte de Roma; este príncipe sábio y pacífico escribió libros como un etrusco, pero al aparecer estos, el senado los entrega á las llamas porque los creía peligrosos. Con él tienen lugar todas las instituciones religiosas, así como en tiempo de su predecesor se organizaron las instituciones políticas y militares. Añade dos meses al año, que entonces sólo tenía diez; pone al dios Término un límite sobre los confines de sus propiedades. Este sabino fué siempre tan pacífico como aquel dios.

(1) Dumont, *Pomponius*, citado por Rosin, 7-74.

(2) Tito Livio, I, 11.

(3) Plutarco, Numa Pompilio.

La guerra (672) se suscita de nuevo bajo Tulio Hostilio. Un romano es el que preside el combate de los tres patricios de Roma contra los tres patricios de Alba; Horacios contra Curiacios, hombres de la misma familia. La ha de decidir entre la metrópoli y la colonia: la hija abate á su madre, y Horacio, por un segundo crimen, degüella á su hermana. Metino, el dictador albano, es descuartizado. Los habitantes de Alba son llevados cautivos hácia las nuevas colinas, y Tulio recibe á los primeros habitantes en el palacio hostiliano que levantó el senado.

Tulio Hostilio fué herido de muerte por un rayo que lanzó Júpiter Elicio (640). Anco Marcio, que le sucedió, era hijo de una sabina, y se mostró bastante imparcial en aptitud belicosa, combatiendo á los sabinos, tomando á los latinos el Politorio y á los etruscos el bosque de la Mesia. Reunía los dos caracteres de guerrero y de religioso, haciendo la guerra y declarándola ceremoniosamente á los feciales. Estableció una colonia en Hostia sobre la costa del mar; hizo explotar las salinas, y construyó un puerto.

Llegan á Roma los etruscos de Tanquimia con el hijo del corintio Damarato. El águila había saludado al gobernador Tarquino á su entrada triunfante, y obtuvo de Anco la tutela de sus hijos. A la muerte del rey (616), el griego se valió de la elocuencia y alcanzó del pueblo la corona; quizá el pueblo se viera obligado. En todo caso, es una invasión completa de la Etruria en Roma; artes, construcciones, gobierno y religión, todo penetra en Roma. La ciudad no es más que un gobierno dependiente de otro. El gran circo, el pórtico del Foro, el gran muro de circunvalación, aquella maravilla de la *cloaca maxima*, cloaca inmensa donde hoy todavía se pasean por ella en barca: títulos son inmortales de la dominación etrusca (1). Por aquel tiempo celebraban los juegos *toscános*, y los dioses de los toscanos acudían á ellos; compraban los *libros sibilinos*, y hacían preguntas á los pájaros.

(1) Plutarco, Tito Livio.